



FILO:UBA
Facultad de Filosofía y Letras
Universidad de Buenos Aires

A

La historia que queremos

Autor:

Barros, Carlos

Revista:

ANALES DE HISTORIA ANTIGUA, MEDIEVAL Y MODERNA

1997, 30 - 169-199



Artículo



FILO:UBA
Facultad de Filosofía y Letras

FILODIGITAL
Repositorio Institucional de la Facultad
de Filosofía y Letras, UBA

LA HISTORIA QUE QUEREMOS*

por

Carlos Barros

Universidad de Santiago

Hace unos años, Pierre Vilar en una conferencia dictada en el Colegio de España de París, sobre la conclusión en la historia, vino a decir que ésta no tiene conclusión, o bien que las conclusiones son siempre provisionales, en la idea de que la historia es un proceso sin fin, una construcción constante. Si cabe con más razón, podríamos observar lo mismo de la historia de la historia.

LOS HISTORIADORES Y LA VOLUNTAD

Tenemos, en cualquier caso, la voluntad de contribuir a ese necesario golpe de timón que sitúe el debate más allá de lo que solemos denominar la crisis de la historia, es decir, sobre las alternativas y el futuro, "en el horizonte del año 2000".

Compromiso y realidades..., ¿es que realmente los historiadores podemos influir en "la historia que viene"? La respuesta a esta pregunta es doble: poco, si nos referimos a la historia de los acontecimientos, pero mucho si estamos hablando de la historia que se escribe, de la historia que hacemos los historiadores. Nuestra forma de incidir en la historia de la gente que nos rodea es, pues, escribiéndola.

* Desarrollamos en este texto el guión que hemos utilizado en la conferencia de clausura de las Jornadas "La historia en el horizonte del año 2000: compromisos y realidades" (Zaragoza, 11 de noviembre de 1995), enriquecido con los debates e ideas surgidos al calor de esta conferencia y de otras inmediatamente posteriores: presentación de las Actas "Historia a Debate" (Barcelona, Centre "Pierre Vilar", 13 de noviembre de 1995), conferencia de inauguración del III Congreso de Historiadores Jóvenes, "El nuevo paradigma y los jóvenes historiadores" (Sevilla, 28 de noviembre de 1995), y conferencia sobre "El impacto de *Annales* en la historiografía española (Cádiz, 30 de noviembre de 1995).

Frecuentemente el historiador se interroga sobre las formas de ejercer su trabajo: ¿adónde va la historia?. Con toda evidencia, se trata de una cuestión pertinente. La historia que se escribe es, en alto grado, resultado involuntario, incluso impredecible, de infinidad de iniciativas de historiadores individuales, de historiografías especializadas y nacionales, de influencias externas de tipo cultural, social, político. Para saber adónde va la historia de los historiadores hay que aplicar, no obstante, la voluntad, colocando la historiografía en el centro de nuestra atención. El auge de aquélla en los últimos años denota que los historiadores tratamos de controlar nuestra historia, de saber más sobre nuestros orígenes y evolución como profesionales de la historia. El próximo paso es atreverse a plantear lo siguiente: ¿adónde *queremos* que vaya la historia?. Lo cual nos lleva a hacer propuestas, a plantear alternativas, tentando reconvertirse en actores de nuestro destino, a sabiendas de que siempre, entre nuestros grandes objetivos historiográficos y su plasmación práctica, van a existir diferencias. Sabemos ésto precisamente porque somos historiadores, y cada vez somos más los que negamos que la historia sea un proceso al margen de la voluntad humana, y menos todavía en el campo de la historiografía: es, desde luego, más fácil variar la manera de escribir la historia que la historia misma. Sería, por consiguiente, innecesario esperar a que cambie la sociedad para que cambie la escritura de la historia, que es hija de su tiempo pero antes de eso es -o, mejor dicho, debe ser- hija de sí misma. Proponemos, en resumidas cuentas, que la comunidad de historiadores ponga en juego su voluntad colectiva para reorientar su práctica; para lo cual es antes menester recomponer cierto consenso o consensos, huyendo tanto del voluntarismo que no tiene en cuenta la realidad como del *attentisme* de aquél que aguarda pasivamente a ver por dónde van los vientos historiográficos para situarse. La verdad es que hoy en día el problema está más en lo segundo que en lo primero. En la presente tesitura, es más “peligroso” para el futuro de la profesión esperar a Godot, “sumidos” en la incertidumbre y/o el eclecticismo, haciendo tiempo con la esperanza¹ de que el eclipse de los paradigmas del siglo XX sea provisional², que comprometerse a avanzar proposiciones, soluciones, objetivos, que después la realidad, y nosotros mismos por medio del debate, se encargarán como es natural de juzgar, de verificar, en suma, de modificar.

Como consecuencia de la crisis de los grandes, y ampliamente compartidos, paradigmas historiográficos del siglo XX, el historiador -en los años 80- ha venido replegando su voluntad -colectiva y crítica- de progreso historiográfico a la aportación

¹ Estado de ánimo en el cual se nos presenta como posible lo que deseamos, *Diccionario de la Lengua Española*, Madrid 1992; el principio esperanza, que Ernst Bloch teorizó, queda reducido a puro voluntarismo y teleologismo sino implementamos nuestros objetivos-deseos, en el caso de la crisis historiográfica finisecular, sino analizamos crudamente los errores y los fracasos del materialismo histórico y de la escuela de *Annales* al tiempo que demostramos la necesidad, y la coherencia, de sus postulados vigentes -previa reformulación- en relación con las nuevas formas de hacer historia que se están abriendo paso.

² En las primeras líneas de *El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte* (Barcelona 1968, p.11), Marx corrigió a Hegel aceptando que la historia se repite, pero la segunda vez como una farsa, nos mantendría a salvo -añadimos nosotros- pretender no tanto la repetición como la construcción de algo nuevo, con viejos y nuevos materiales.

individual, y con frecuencia al academicismo, retrocediendo en no pocos casos a las vetustas certezas positivistas de que la "historia se hace con documentos", y punto. Que estemos aquí y ahora volviendo a plantear, a finales del siglo de los extremos, el papel de la voluntad en el devenir de la historia, es decir, la historia que queremos³, no es más que un síntoma-efecto del retorno del sujeto histórico e historiográfico, del regreso del historiador como sujeto colectivo. Retorno que habremos de impulsar al máximo sin olvidar la realidad historiográfica, que sin embargo se mueve...

CONSENSOS INADVERTIDOS

Los juicios sobre la situación de la historia profesional a finales de siglo se suelen polarizar alrededor de dos posturas: bien se insiste en la crisis de identidad, epistemológica, de la historia científica; bien se hace hincapié en que vivimos una etapa de crecimiento que se refleja en la proliferación de publicaciones y revistas. En nuestra opinión, ambas apreciaciones tienen su base objetiva. ¿Quiere decir esto que estamos ante la típica crisis de crecimiento? A finales de los años 70 y principios de los años 80, pueda que sí, pero no después: la crisis pronto comenzó a afectar los fundamentos científicos de nuestra disciplina⁴. Pensamos que la explicación es otra: crisis y crecimiento coexisten porque estamos en un proceso de transición historiográfica, de cambio de paradigmas⁵. La vitalidad de la disciplina tiende a sustituir⁶ los viejos paradigmas por otros nuevos. De forma que la nueva historia (inducida por la escuela de *Annales*, el marxismo y aun la cliometría norteamericana) no desaparece, mas se hace vieja (y la vieja historia se quiere hacer pasar por nueva). Veamos algunos ejemplos de los consensos que, más allá de la nueva historia, están emergiendo con fuerza:

1) Antes la historia económico-social era la historia científica por antonomasia, y se denostaba sin piedad los otros enfoques temáticos. Hoy, se generaliza la aceptación de (casi) *todas* las especialidades historiográficas. Desde la historia de las mentalidades o sociocultural hasta la historia política, pocas temáticas -o coordinadas espaciales y temporales- quedan al margen de un potencial tratamiento científico. Si nos paramos a pensarlo, concluiremos que estamos ante un cambio paradigmático

³ Complementamos de esta forma un trabajo anterior -a la vez que lo acercamos más a la situación en España y al contexto extrauniversitario-: "La historia que viene", *Historia a debate*, I: Pasado y futuro, Santiago, 1995, pp.95-117.

⁴ Una de las primeras voces de alarma fue Lawrence Stone en "The Revival of Narrative: Reflections on a New Old History", *Past and Present*, Nro.85, 1979.

⁵ Empleamos el término "paradigma" no tanto en el sentido original de "ejemplo" o "modelo" como en el nuevo sentido aportado por Kuhn: los valores compartidos por una comunidad de especialistas.

⁶ El reemplazo nunca es total, de la misma forma que la nueva historia socioeconómica continuó siendo positivista más de lo que suele confesar, los nuevos paradigmas conservarán una parte -substancial- de la nueva historia; más adelante adelantaremos nuestras ideas al respecto.

auténticamente radical, que toca la raíz del origen de la nueva historia, de la revolución historiográfica del siglo XX.

2) Los géneros tradicionales (biografía, historia política, historia narrativa, historia de las instituciones, historia militar, historia diplomática, etc.) están retornando “triumfalmente” en la historiografía internacional después de ser combatidos, durante décadas, por los nuevos historiadores de la economía y de la sociedad. Si bien, para unos, los retornos significan la muerte de la historia-ciencia y el renacer de la historia como disciplina literaria⁷, para otros, los retornos -en determinadas condiciones- pueden significar un progreso historiográfico⁸, lo cual nos lleva al punto anterior. Las bolsas de resistencia a un nuevo consenso sobre los temas y estilos de la historia tradicional se están reduciendo, sobre todo cualitativamente.

3) Frente al determinismo simple de los hechos históricos por la instancia económico-social⁹, existe desde hace bastante tiempo una reacción historiográfica que ora complejiza esa determinación, revalorizando los factores mentales o políticos, ora cae en el indeterminismo simple, abandonando por consiguiente toda pretensión explicativa causal, posición extrema de menor influencia y de poco futuro (al menos en historiografías como la española). Reacción general anti-determinista que aclara, asimismo, la base de los dos consensos emergentes ya citados.

4) El auge reciente de la reflexión historiográfica y metodológica -y en menor grado de la historia teórica- anuncia, igualmente, una notoria variación paradigmática. En el pasado hubo aportaciones cualitativas sobresalientes, pero ahora el interés por el pensamiento historiográfico tiende a extenderse, a “democratizarse”, dejando de ser actividad puntual de historiadores “excepcionales”. Y no creemos que esta apertura a la historia de la historia, al autoexamen de los historiadores, sea provisional y mero efecto del presente estado crítico de nuestra disciplina, sino un fenómeno permanente, un componente vital del nuevo paradigma en formación.

Pero, el mayor problema con que nos enfrentamos es que este cambio de paradigmas se está dando sin debate, más bien espontáneamente -es por eso que tenemos que seguir preguntándonos adónde va la historia-, siguiendo por tres vías no excluyentes: A) Rendimientos decrecientes de determinadas líneas de investigación que nos empujan a indagar nuevas temáticas, nuevos enfoques; tal fue el caso de la cliometría, y en general, de la historia económica. B) Influencia -a menudo invisible-

⁷ María de Fátima BONIFACIO, “O abençoado retorno da vella história”, *Historia a debate*, III. Otros enfoques, Santiago 1995, pp.151-156; Francisco PUY, “Discurso histórico, discurso forense”, *Historia a debate*. Galicia, Santiago 1995, pp.51-60.

⁸ Jacques Le GOFF, “Les retours dans l’historiographie française actuelle”, *Historia a debate*, III. Otros enfoques, Santiago 1995, pp.157-165; Jerzy TOPOLSKY, “El relato histórico y las condiciones de su validez”, *A.Al-Aznh. Historia y diversidad de culturas*, Barcelona 1984, pp.147-163.

⁹ No vale decir que las historiografías hegemónicas del siglo que termina jamás redujeron la determinación histórica a la economía, la práctica lo desmiente: la prioridad absoluta recibida durante décadas por el estudio de lo económico-social (marginando los enfoques globales) es un claro reflejo de la íntima creencia de los historiadores acerca de cómo la clave de la historia estaba en el estudio de la base material.

de la sociedad, de los valores sociales imperantes en cada momento, sobre los historiadores; por ejemplo, el ascenso del individualismo y el reflujó de los movimientos sociales, ¿no animó, en los años 80, el retorno de la biografía -o de la historia de la vida cotidiana y privada- y el desinterés por una historia social de conflictos, revueltas y revoluciones?. C) El influjo de unas historiografías nacionales sobre otras -mayor incluso que el influjo de una área de conocimiento histórico sobre otra-, que es especialmente efectivo en países, como España, con una fuerte tradición de dependencia historiográfica del exterior. Sobra decir que si las transformaciones historiográficas están pasando por lo regular inadvertidas, sí resulta que semejan procesos objetivos que avanzan al margen del historiador individual (que con la -relativa pero real- decadencia de las grandes escuelas, devienen el sujeto activo principal), es también por causa de la pervivencia de arraigados hábitos positivistas que todavía divorcian al historiador de la introspección, de la reflexión y del debate.

Nuestra propuesta es que hay que intervenir colectivamente en la transformación de paradigmas que está en marcha, esto es, hacer más consciente el proceso de transición de la historiografía del siglo XX a la historiografía del siglo XXI. Estamos convencidos de que puede resultar de todo ello un rearme de la historia como proyecto científico y como proyecto social, una recuperación del compromiso del historiador con la disciplina y con la sociedad.

¿ES EL RETORNO DEL SUJETO EL NUEVO PARADIGMA?

La constitución de un nuevo paradigma no es fenómeno exclusivo de la historia, afecta al conjunto de las ciencias sociales y se ha detectado, en primer lugar, en las ciencias físicas. Existe una tendencia a identificar este nuevo paradigma con el retorno del sujeto¹⁰, ¿se corresponde ésto con la realidad?. Sí, en cuanto a que el redescubrimiento del sujeto está permitiendo sobrepasar el anquilosado paradigma objetivista, pero para nada genera el nuevo subjetivismo un consenso generalizado entre los historiadores, una nueva etapa de "ciencia normal", no es más -ni tampoco menos- que un golpe de péndulo, necesario pero no suficiente para resolver las anomalías que pusieron en crisis las concepciones de la ciencia histórica del siglo XX.

La conciencia de las insuficiencias del paradigma estructuralista y economicista dominante llevó -de manera clara, en los años 70- a las escuelas históricas francesa e inglesa a recuperar el sujeto como tema de investigación: mental, en el caso de *Annales*, y social, en el caso de *Past and Present*. La historia poniendo en práctica tempranamente estas líneas de investigación de fuerte carga subjetivista, se anticipó pues a la sociología y a la filosofía. Con todo, hay que decir claramente que jamás una historia meramente subjetiva podrá definir el nuevo paradigma historiográfico, es decir, un paradigma que sea tan compartido por la comunidad internacional de historiadores como, por ejemplo, la historia económico-social (el paradigma más seguido de todos los que constituyeron la nueva historia) después de la II Guerra Mundial.

¹⁰ François DOSSE, *L'empire du sens. L'humanisation des sciences humaines*, Paris 1995.

El historiador profesional nunca aceptará que los resultados de su investigación no son más que proyecciones de subjetividad, sea mental, política o social¹¹, otra cuestión es que, en el proceso objetivo de conocimiento, se conceda un papel importante al conocimiento no basado en fuentes, al historiador como sujeto epistemológico. Tampoco se puede -mejor dicho, se puede pero opinamos que no existe la posibilidad de que sea asumido por la mayoría- confundir la realidad histórica con su representación mental o social, por lo demás una parte muy activa de aquélla. Lo mismo diríamos del discurso textual que conforma de alguna forma lo real pero no lo sustituye, como afirman los partidarios más radicales del “giro lingüístico”. En total, que el historiador abierto -el que no lo es suele rechazar de plano las innovaciones tachándolas de “modas”- añade sistemáticamente la objetividad de lo social a los aportes de la historia más subjetiva, busca la síntesis objeto-sujeto: la opción más segura y probable cara a la conformación del nuevo paradigma.

El retorno del sujeto constituye, por consiguiente, un momento esencial de la transición paradigmática, es la respuesta radical -destruktiva- de las ciencias sociales al absolutismo del objetivismo y cientifismo largo tiempo hegemónicos, pero no es la estación final de la marcha hacia el nuevo paradigma. La fase decisiva de la síntesis, la verdaderamente constructiva, ha comenzado ya, y no sólo en historia.

¿Qué pasa sino con la evolución reciente de la historiografía de tipo subjetivista?. La historia de las mentalidades, “abandonada” por sus creadores franceses en favor de sus -hasta cierto punto- prolongaciones, la antropología histórica y la nueva historia cultural, si tiene un futuro es por supuesto como historia social de las mentalidades¹². La nueva historia cultural se presenta como una historia sociocultural. La microhistoria se está difundiendo, fuera de Italia, más en la línea de investigar redes sociales (Giovanni Levi) que de estudiar microcosmos individuales (Carlo Ginzburg: Menocchio, Piero della Francesca). La historia de las mujeres, a nuestro juicio, será asumida por el conjunto de la comunidad de historiadores en la medida en que se fusione con la historia social y global¹³. Otro tanto podríamos decir del “giro lingüístico”¹⁴. Por otro lado, los últimos retornos subjetivos, los géneros tradicionales, van en la misma dirección: la nueva historia política (y de las instituciones) integra la

¹¹ El presentismo, derrotado en su momento por la convergencia del materialismo histórico/escuela de *Annales*/neopositivismo, está volviendo por sus fueros, incluso a través de antiguos defensores de esas tendencias.

¹² Carlos BARROS, “Historia de las mentalidades, historia social”, *Historia Contemporánea*, Bilbao, Nro.9, 1993, pp.111-139; “Historia de las mentalidades, posibilidades actuales”, *Problemas actuales de la Historia*, Salamanca, 1993, pp.49-67; “La contribución de los terceros *Annales* y la historia de las mentalidades. 1969-1989”, *La otra historia: sociedad, cultura y mentalidades*, Bilbao 1993, pp.87-118.

¹³ Hemos planteado ya esta cuestión, el 27 de octubre de 1995, en la Universidad Complutense, en una conferencia organizada por la A.C. Al-Mudaina: “La historia de las mujeres y el nuevo paradigma”.

¹⁴ María del Mar GARRIDO, “¿La historia intelectual en crisis? El giro lingüístico y la historia social frente a la historia intelectual”, *Historia a Debate*, II. Retorno del sujeto, Santiago 1995, pp.201-212.

historia social como historia del poder. La nueva historia narrativa rechaza el descriptivismo, quiere ser científica y explicativa. La nueva historia biográfica pretende distanciarse de lo puramente individual, incluye los contextos sociales y mentales como parte primordial de la investigación.

Desde la segunda mitad de los años 80, conforme se difunden entre los historiadores las innovaciones subjetivistas nacidas de la crisis de la historia económica y social clásica, se engendran nuevas síntesis con aquellos paradigmas más compartidos y difundidos por la escuela de *Annales* y el materialismo histórico¹⁵. Esta tendencia es la decisiva, ya lo hicimos notar anteriormente, cara a la formación del nuevo paradigma historiográfico¹⁶.

En esta triple convergencia de la nueva historia de la posguerra con sus últimos desarrollos, que la contradicen en cierto sentido¹⁷, con una historia tradicional renacida¹⁸, y con la redefinición del propio concepto de ciencia (gracias también a los avances de la historia de la ciencia), ¿qué aporta el ya viejo paradigma común de los historiadores del siglo XX?, ¿qué necesita el nuevo paradigma para iniciar otro período de “ciencia normal”, para cerrar -por el momento- la crisis de identidad de nuestra disciplina, para reconstruir sobre nuevas bases la comunidad de historiadores?, ¿son suficientes las confluencias parciales que, de modo más bien espontáneo, se producen entre la historia social -estructural- y la historia subjetiva?. Sostenemos que no; queda por hacer la síntesis general entre las corrientes que protagonizaron la revolución historiográfica del siglo XX y las nuevas-viejas tendencias que anuncian el siglo XXI, para cuya puesta en práctica es forzoso una intervención consciente, un debate general que clarifique las alternativas y los caminos a seguir.

Tres son los paradigmas, de la escuela de *Annales* y del materialismo histórico, que -previa reformulación radical- el nuevo paradigma precisa, según nuestro criterio, para constituirse como tal, para ser hegemónico -y no sólo vanguardista-, para que a través suyo la historia renueve su credibilidad científica y social:

a) *El concepto y la experiencia acumulada de la historia social.* Ciertamente una nueva historia social que asuma el rol de la mentalidad y de la política, del género y del lenguaje, del acontecimiento y del individuo, y que conecte con la historiografía

¹⁵ Incluso un autor de entrada tan poco amigo de la historia de las mentalidades como Josep FONTANA busca esa síntesis en *La historia después del fin de la historia*, Barcelona 1992, p..101-112.

¹⁶ También en las ciencias “duras” se tiende últimamente a la síntesis objeto-sujeto; ejemplos: la búsqueda de una teoría unificada de las fuerzas físicas; el descubrimiento del orden en la teoría del caos; la rehabilitación de los factores biológicos, genéticos, físicos, en el comportamiento humano que obligan a tener en cuenta tanto la psicología cognitiva como conductiva, etc.

¹⁷ La historia francesa de las mentalidades y la historia social inglesa, y con más motivo sus desarrollos más recientes, están contenidas en las matrices de sus respectivas tradiciones, pero son, simultáneamente, una reacción contra el objetivismo, el economicismo y el estructuralismo en los años 50 y 60.

¹⁸ Para España, véase Juan Pablo FUSI “Por una nueva historia: volver a Ranke”, *Perspectiva Contemporánea*, Nro.1, 1988.

marxista inglesa, sin duda alguna la aportación más sobresaliente de la historia social a la historiografía del siglo XX¹⁹, paso obligado para algo tan indispensable hoy como volver a estudiar los protagonismos colectivos de la historia²⁰.

Pongamos un ejemplo actual, cercano, de cómo la historia si prescinde de lo social pierde, lamentablemente, rigor y credibilidad. Estamos viviendo un inusitado interés de los medios de comunicación por la transición democrática española, que ha levantado no pocas críticas entre historiadores y protagonistas descontentos con el tratamiento dado por los periodistas a un hecho histórico que se describe como la obra de cuatro o cinco grandes individuos -una suerte de gran conspiración-, desapareciendo en consecuencia de la escena el millón y medio de personas que pudieron haber participado -al mismo tiempo- en movilizaciones de masas contra la dictadura²¹, quedando fuera de la historia la gran mayoría de la sociedad, las clases sociales, la coyuntura económica, la lucha ideológica y cultural, etc. Volvemos, así pues, a la historia de las grandes batallas y las grandes personalidades, sólo nos falta el tambor, la corneta y la "unidad de destino en lo universal", ¿es necesario inventar así -sin los historiadores sociales- la tradición democrática?, ¿es bueno para la joven democracia española dar una versión tan elitista y tan ajena al pueblo -al pueblo que luchó- de su consecución?

El nuevo protagonismo de los periodistas -al que no es ajeno el repliegue de los historiadores, y de otros sectores intelectuales, a la academia -en la escritura de la historia inmediata y en la divulgación de la historia, junto con el retorno académico de la historia acontecimental y biográfica, abren nuevas posibilidades a la historia a condición de que ésta no se convierta, otra vez, en historia superficial, en la "historia historizante" que Bloch y Febvre ya habían derrotado en la primera mitad del siglo que acaba. Para conjurar lo anterior y para que los retornos no nos lleven al siglo XIX²², sigue siendo imprescindible por consiguiente la historia social, una historia renovada que, por lo demás, ya está en marcha, a partir de la mejor tradición angloamericana (Thompson, Samuel, Genovese, Davis, Stedman Jones...)²³ y, últimamente, de los propios resultados del *tournant critique de Annales*²⁴.

¹⁹ En tres sentidos: por la inclusión de la mentalidad y la cultura en las investigaciones sociales básicas (Rudé, Thompson), por la "historia desde abajo", y por la importancia concedida al estudio de conflictos, revueltas y revoluciones, crisis y transiciones; véase Harvey J. KAYE, *Los historiadores marxistas británicos*, Zaragoza 1989.

²⁰ Las revoluciones en el Este europeo en los años 1989-1991, la revuelta de Chiapas de 1994 y las movilizaciones francesas de Diciembre de 1995, han devuelto a la actualidad el tema.

²¹ Según Santiago CARRILLO, una de esas grandes individualidades, en *Memoria de la transición*, Madrid 1995, p.35.

²² De la misma forma que el retorno del capitalismo en los países del Este retrotrajo a estas sociedades a los tiempos del capitalismo salvaje decimonónico -añadiendo el Chicago de los años 20-, provocando una reacción electoral que llevó al poder a los comunistas, más o menos reformados, inclusive en Rusia.

²³ Julián CASANOVA, *La historia social y los historiadores*, Barcelona 1991.

²⁴ Bernard LEPETIT, dir., *Les formes de l'expérience. Une autre histoire sociale*, París 1995.

b) *El principio de globalidad frente a la fragmentación galopante de nuestra disciplina.* Afirmamos al principio que no cuestionábamos la vitalidad de la historia profesional, e hicimos notar el carácter paradójico de la situación presente -crisis y crecimiento-, pues bien, otro ejemplo, frente al fenómeno de la superespecialización y del desmigajamiento de métodos y de temas, estamos asistiendo a un movimiento en sentido contrario -aunque todavía débil- de reunificación de géneros, como ya hemos comentado más arriba, al hablar de la propensión de las historias subjetivas a concurrir con líneas más objetivas de investigación, con la historia social más que con la historia económica.

El fracaso de la historia total como paradigma compartido -el más ambicioso y el menos aplicado- de la escuela de *Annales* y del materialismo histórico²⁵, causado tanto por el concepto subyacente (idealista) de totalidad como por la inadecuación de los medios (metáforas mecanicistas) a los fines, deja una problemática herencia a la historiografía del siglo XXI. La credibilidad científica del nuevo paradigma (salvo que retrocedamos al positivismo de Ranke o, más atrás aún, a la historia-ficción) dependerá, entre otras cosas, de su capacidad para articular un pacto entre la inevitable especialización y la globalización de su objeto de investigación; lo cual a su vez exige una mayor atención a la metodología, la historiografía y a la teoría de la historia: “el historiador futuro reflexionará..., o no será”²⁶.

c) *La función social de la historia, o el compromiso del historiador con un presente sin futuro.* El retroceso de la historia -concretamente en España- en los planos de la educación y la investigación es una consecuencia de la falta de conciencia -fuera e incluso dentro del ámbito historiográfico- sobre la utilidad social de la historia. Retomar el viejo paradigma es hoy una tarea inaplazable para contribuir, desde la historia, a que la sociedad de la información que Bill Gates nos anuncia no sea el deshumanizado mundo de Orwell. Ahora bien, el presentismo ambiental, la idea de que el mañana será igual al presente, y que el pasado no interesa, de que la historia llegó a su fin, nos obliga a variar el orden de los factores en la vieja relación pasado/presente/futuro: hay que estudiar el pasado para conquistar el futuro y comprender así mejor el presente, a fin de transformarlo. La crítica esencial al presente es demostrar aquí y ahora, como historiadores, que existe el futuro. Y no se trata de que los historiadores tengamos que ser profetas o adivinos, ni siquiera de cuadyuvar en una transformación social, sino de algo mucho más simple: ayudar a que el hombre y la mujer de hoy en día vean claro que hay futuros alternativos, que el futuro existe porque existe el pasado, y nosotros lo sabemos mejor que nadie.

²⁵ La prueba del fracaso de la historia total está en la fragmentación actual, la inexistencia de la historia total como línea específica de investigación y el abandono explícito de este paradigma por parte de sus anteriores valedores.

²⁶ Tesis 13 de “La historia que viene”, *Historia a debate*, I. Pasado y futuro, Santiago 1995, pp.111-112.

LA INACABADA TRANSICION HISTORIOGRAFICA ESPAÑOLA

Tres aspectos nos interesa desarrollar en esta segunda parte del trabajo: el virtual papel de la historiografía española en la transición internacional al nuevo paradigma²⁷, la relación entre transición política y renovación historiográfica en España, y el problema del relevo generacional.

El papel internacional de la historiografía española

Nuestra tesis es que la historiografía española está en buenas condiciones -objetivas- para jugar un papel en la síntesis tradición/innovación que va a caracterizar a la historiografía del siglo XXI, adquiriendo así un perfil internacional propio; por las siguientes razones:

a) *Ausencia de escuelas historiográficas propias*. Lo que se suele citar como un *handicap* de la historiografía española se convierte en ventaja cuando las grandes escuelas (extranjeras) entran en crisis. El exceso de tradición también dificulta la renovación. Las trabas que ha encontrado la dirección de *Annales* para avanzar en su *tournant critique*, iniciado en 1989, a pesar de la voluntad de sus promotores, es un claro exponente de lo que queremos mostrar.

b) *Ausencia de movimientos pendulares extremos* que, en la práctica historiográfica, hacen muy difícil la síntesis. Tal es el caso de la historiografía francesa cuando pasó tajantemente de la historia económica-social a la historia de las mentalidades²⁸, o de la historiografía norteamericana al transitar de la cliometría al "giro lingüístico". La renovación cautelosa o el conservadurismo de enfoques, según se mire, rasgos peculiares de buena parte de la historiografía española, puede favorecer ese ineluctable equilibrio -porque la innovación ya no adelanta sin la síntesis- que a otras historiografías, que protagonizaron anteriores etapas de cambio historiográfico, tanto les cuesta. Sirva como botón de muestra de estos movimientos del péndulo la actitud hacia el marxismo de historiografías, como la francesa, que pasaron del enaltecimiento en los años 60 y 70 a la marginación en los años 80 y 90. Y, sin embargo, estamos convencidos de que haciendo tabla rasa del materialismo histórico la síntesis no es factible.

c) *Ausencia de un centro internacional de avance historiográfico*. Peter Burke argumentó en el Congreso "*Historia a debate*", que la innovación va ahora por la periferia²⁹. Nosotros iríamos más allá: la carencia de un gran foco reconocido internacionalmente en el presente (papel que ocuparon primero Alemania, desde el

²⁷ Así como en los años 60 y 70 la nueva historia se impuso con cierto retraso en España, por razones en último extremo políticas, pensamos que en los años 90 y 10 del próximo siglo es posible, si se pone término a nuestra propia transición, avanzar en paralelo a la historiografía internacional.

²⁸ Hoy se está recuperando en Francia la historia económica, pero -y sin duda las causas ideológicas pesan- no ocurre lo mismo con la historia social, en su sentido más estricto.

²⁹ *Historia a debate*, I. Pasado y futuro, p.52.

siglo XIX, y después Francia, en especial en las décadas centrales del siglo XX), nos conduce a una realidad tan multicéntrica (además de los países citados, habría que añadir: Gran Bretaña, EE.UU., Italia...) que cuestiona el mismo concepto-metáfora centro/periferia: todo el mundo puede ser centro, también España, y los países iberoamericanos³⁰. En los años 90, la diversidad de focos historiográficos implica una gran oportunidad para historiografías nacionales antaño dependientes, donde la diversidad de influencias ha sido más notoria y fructífera. Probablemente, en ningún otro lugar sabemos mejor de dónde venimos, de dónde viene la historiografía internacional -la confluencia del marxismo, la escuela de *Annales* y la tradición neopositivista- que en España y determinados países latinoamericanos, lo cual es muy importante para saber adónde queremos ir.

d) *El nuevo rol internacional de España*. Justo es reconocer que, desde la transición a la democracia, la situación política de España en el mundo, y la imagen que en el extranjero se tiene de nosotros, han variado enormemente, gracias al ejemplo de la transición política³¹ y las políticas seguidas en la pasada década. Paralelamente el idioma español ocupa un sitio preeminente, después del inglés, como lengua hablada y escrita, en el mundo³². En diversos campos de la cultura (ante todo, cine y literatura) se ha progresado en el mismo sentido: rompiendo la barrera autárquica y subdesarrollada heredada del franquismo, y ofreciendo productos culturales españoles que han alcanzado un eco internacional notorio. No se puede decir lo mismo de la historiografía española, prácticamente desconocida fuera de nuestras fronteras, salvo en ambientes hispanistas³³: podemos considerar inexistentes las traducciones de libros de historia españoles a otros idiomas. Sin embargo, otras áreas de conocimiento de la universidad española -sobre todo científicas "duras"- están logrando ya ese reconocimiento internacional. Existen por lo tanto condiciones externas más que idóneas para que la historiografía española -y en general las ciencias humanas- ocupe un lugar más relevante en el concierto internacional, superándose así de una vez por todas la hipoteca de los largos años del franquismo.

e) *La radicalidad de la situación social de la historia en España*. El aspecto más alarmante de la crisis historiográfica en España es su dimensión social: la "mala fama" de la licenciatura de historia como una carrera "sin salidas", el desempleo de licenciados y doctores en historia, y la falta de financiación para la investigación de temas "humanísticos". No obstante, esta situación adversa se puede metamorfosear en un incentivo, mejor dicho, debe transformarse en un acicate para hacer valer la

³⁰ México, por ejemplo, con la historia regional.

³¹ Paradójicamente, conforme analizaremos después, la transición a la democracia no afectó excesivamente a las mentalidades y alienaciones de los historiadores españoles.

³² Marqués de TAMARON, ed., *El peso de la lengua española en el mundo*, Madrid.

³³ Las valoraciones de la historiografía española por parte de colegas hispanistas tienen una triple ventaja: vienen de historiadores que conocen la situación real de las historiografías de sus respectivos países y pueden comparar mejor, suelen partir de sectores -sobre todo del hispanismo modernista- que han jugado una función destacada en la renovación española de los años 60 y 70, y, por último, son más conscientes que nosotros mismos de las posibilidades inéditas de España como potencia cultural mundial.

historia como una profesión socialmente útil y científicamente necesaria. Con lo que entramos en lo que llamaríamos -utilizando un esquema viejo pero todavía fértil- las condiciones subjetivas precisas, según nuestro parecer, para que la historiografía española alcance su plena madurez, donde veremos que, desde el punto historiográfico, España vive una situación paradójica, llena de oportunidades, desde finales de los años 80: crisis social aguda de la historia y, sin embargo, fuerte revitalización historiográfica.

Rematar la transición

Es sabido que los avatares de la historiografía española -y por extensión de la universidad, la ciencia y la cultura- han estado tremendamente condicionados por los cambios políticos -radicales y contradictorios entre sí- que han jalonado la historia de España durante el siglo XX, a los cuales los historiadores no han sido ajenos, cuando no han sido sus víctimas³⁴. Fueron dos ocasiones (1936 y la transición 1975-78) en que acontecimientos políticos indujeron cambios historiográficos profundos en nuestro país:

A) *La ruptura de la tradición historiográfica liberal a causa de la guerra civil y de sus resultados*. La historiografía liberal de las primeras décadas del siglo pretendía un nivel europeo para la historiografía española, la divulgación de la historia a través de la Instrucción Pública a fin de engendrar un público culto, y la elaboración de una historia nacional de España³⁵. Objetivos que, salvo el segundo y por razones obvias, fueron en alguna medida alcanzados por los historiadores españoles en el exilio: sirva como muestra el prestigio internacional de Sánchez Albornoz y su célebre polémica con Américo Castro sobre la historia de España. En cualquier caso, en la posguerra española -y en cierta medida también en la posguerra europea-, nuestra historiografía se estancó desde un punto de vista metodológico e historiográfico, involucionando sobremanera en el interior de España, en relación con una historiografía europea que incubó en el período de entreguerras lo que ahora denominamos la revolución historiográfica del siglo XX.

Una vez restaurada la democracia, y la monarquía, la renovación historiográfica no enlaza con la tradición liberal-positivista sino que parte de las nuevas bases: las creadas por las nuevas tendencias internacionales, *Annales* y marxismo, que atraviesan los Pirineos.

Con todo, hay que decir que esta nueva historia española no ha conseguido aún: ni el pleno reconocimiento internacional, ni ocupar el terreno de la divulgación histórica -hegemonizado por escritores, periodistas e historiadores aficionados-³⁶, ni la reelaboración y difusión de una historia de España que sea la historia de sus pueblos

³⁴ Por ejemplo: Claudio Sánchez Albornoz, Pedro Boch-Gimpera, Manuel Tuñón de Lara.

³⁵ Gonzalo PASAMAR, "La historiografía profesional española en la primera mitad del siglo actual: una tradición liberal truncada", *Studium*, Zaragoza, 2, 1990, pp.133-156.

³⁶ De la lista de diez libros más vendidos en el apartado de "no-ficción" según *El País* (6 de febrero de 1996), seis -entre los que se encuentran los cuatro primeros- son de historia -y no todos de historia inmediata-, y ninguno de ellos está escrito por un historiador profesional.

y no la proyección del hegemonismo castellano, como pensaban tanto Sánchez Albornoz fuera de España, como Menéndez Pidal, dentro³⁷; incluso la enseñanza de la historia -y en general, los estudios humanísticos-, después del primer impulso inicial con democratización de la universidad, está retrocediendo -y no sabemos hasta donde-. Por todo ésto, y por otras cuestiones que iremos desgranando, consideramos inacabada la transición historiográfica española, paralela a la transición política de la dictadura a la democracia al menos en parte (cuando cambia el régimen político ya la historiografía española había puesto las bases de su renovación), con la peculiaridad de que lo que queda por recorrer coincide con la transición paradigmática al siglo XXI. Vamos hacia una segunda "normalización académica" de la historiografía española (la primera tuvo lugar en los años 60 y 70).

B) *La transición política legitima la nueva historia española.* La sustitución de la historiografía tradicional -franquista en lo relativo a divulgación y enseñanza; positivista en cuanto al método- por la nueva historia ha tenido lugar en el marco de una apasionada lucha política contra la dictadura, en la que estaba muy implicada la universidad, dividida generacionalmente por dicha causa: estudiantes y PNNs demócratas por un lado, catedráticos y demás profesores del régimen, por el otro (salvo las consabidas excepciones que confirman la regla).

Estos orígenes políticos³⁸ marcan de forma endeleble la renovación historiográfica española, que se desarrolla en los años 60 y 70 gracias al empuje de jóvenes historiadores de influencia marxista y aún *annaliste*, y la ayuda, asimismo, de historiadores del régimen que mantenían posiciones aperturistas³⁹.

Veamos pues qué virtudes y qué defectos supuso para la nueva historiografía española ese compromiso político con el antifranquismo de sus sectores más avanzados.

Decimos virtudes porque la conquista de la democracia acelera el proceso de innovación historiográfica e institucionaliza la nueva historia como la historiografía oficial del nuevo régimen democrático. Simultáneamente a lo anterior, se produce un rápido rejuvenecimiento del profesorado universitario, y la universidad -y dentro de ella los estudios de historia- crece enormemente, permitiendo el acceso de los hijos de las clases trabajadoras a la universidad, sin lugar a dudas uno de los grandes triunfos de los sindicatos democráticos de estudiantes de la época de Franco. No ha sucedido lo mismo con otras reivindicaciones que enarbolamos en los años 60 y 70⁴⁰, como la lucha democrática por una universidad al servicio de la cultura y del pensamiento

³⁷ Gonzalo PASAMAR, *op.cit.*, p.150.

³⁸ Señalarlo no quiere decir, por descontado, que olvidemos las motivaciones estrictamente académicas y profesionales (de puesta al día y homologación internacional) y las generaciones ya mencionadas, todas ellas bien entrelazadas con las políticas, que en aquellos años estaban en un primer plano.

³⁹ Al explicar el ascenso de la nueva historia se suele infravalorar el factor aperturista, que no sólo fue clave en el plano político, una vez que se demostró inviable la ruptura democrática y se empieza a pactar la transición, sino también en el plano académico, donde se manifiesta con más facilidad ante las reorientaciones metodológicas de menos connotaciones políticas como la escuela de *Annales* (el marxismo lo tuvo algo más difícil).

⁴⁰ En los años 1967 y 1968 el autor de este trabajo era delegado del SDEUM en la E.T.S. de Ingenieros Industriales.

crítico, levantada contra la universidad tecnocrática del franquismo desarrollista de los años 60. Las políticas neoliberales de los años 80 han puesto objetivamente de actualidad, *mutatis mutandis*, la reivindicación del 68 de una universidad democrática, y en consecuencia crítica y humanística: otro argumento en favor de la transición inacabada de la historiografía española.

En el capítulo de los defectos historiográficos derivados de los orígenes militantes antifranquistas de una parte substancial de la nueva historia⁴¹ -nos referimos a la historiografía marxista, en general, y al contemporaneísmo, en particular-, asumimos para nuestro análisis el concepto de “historiografía frentepopulista”, acuñado por Ucelay da Cal⁴² y de cierto uso entre los historiadores catalanes. De entrada puede parecer excesivo caracterizar la historia más progresista de la transición con un término vinculado a los años 30, a los tiempos de la guerra civil, pero por eso mismo el calificativo tiene su sentido y oportunidad. El franquismo “mantuvo frescos los puntos doctrinales y sus rencores, que naturalmente volverían a florecer en los años 70 con la muerte del régimen dictatorial”⁴³, es decir, hablando claro, que mientras el país organiza la transición, la historiografía mantiene vivo el espíritu de la guerra civil⁴⁴. Partiendo de la idea de que la “historiografía frentepopulista” es “*el discours dominant en el nostre món historiogràfic*”, la revista *L’Avenç* publica, en su número 189 (febrero de 1995), un editorial apuntando que el GAL, la “cultura del pelotazo”, la corrupción política, significan la “*mort de l’antiga esquerra*” y por tanto el fin del “*còmode consens frontpopulista imperant*”⁴⁵. Ojalá fuese así, pero nos tememos que la trasnochada división de los historiadores en “rojos” y “azules”, que unos y otros practicamos más de lo que sería deseable en medios académicos, que sobrevivió a la política de reconciliación nacional (PCE, 1956), al pacto entre oposición de izquierdas y reformistas de derechas durante la transición, a la Constitución de “todos” de 1978, al ocaso de la guerra fría y la caída de los bloques militares en 1989, bien puede rebasar el “pequeño acontecimiento” del desencanto -de una parte de la izquierda- con el PSOE. Es menester algo más: un debate que cierre la transición de la historiografía de la era franquista a una historiografía realmente democrática; donde la lucha de ideas historiográficas ha de estar por encima de las posiciones políticas, las cuales no

⁴¹ Igual que sucede en el ámbito internacional, militancia historiográfica y militancia política frecuentemente no coinciden (*Annales* vs. marxismo, Febvre vs. Bloch), véase por ejemplo: Luis DOMINGUEZ, Xosé Ramón QUINTANA, “Renovación en la historiografía española: Antonio Eiras Roel y la recepción del movimiento *Annales* en Galicia”, *Historia a debate*, I. Pasado y futuro, Santiago 1995, pp. 319-342.

⁴² Enric UCELAY DA CAL, “La historiografía en Cataluña (1960-1980): marxismo, nacionalismo y mercado cultural”, *Historia y Crítica*, 1, 1991, pp.135 ss.

⁴³ *idem*.

⁴⁴ Una forma de autojustificar los defectos “frentepopulistas” de la transición historiográfica española es echar las culpas a la ... propia transición política, al hecho de que no hubiese una verdadera ruptura.

⁴⁵ Claro que sería pasar de la sartén al fuego reemplazar las etiquetas supuestamente “historiográficas” izquierda/derecha por otras parecidas, o tal vez peores, como la clasificación de los historiadores en nacionalistas y no nacionalistas, véase Albert BALCELLS, *La historia de Catalunya a debat. Els textos d’una polèmica*, Barcelona 1994.

debieran de ser un obstáculo para la convivencia y la colaboración entre los historiadores⁴⁶. El propio desarrollo y homologación internacional de la historiografía española hace necesario que adaptemos de una manera más plena el funcionamiento de nuestra comunidad científica al pluralismo democrático. Mientras las clasificaciones tácitas -que son las que funcionan- de los historiadores se refieran más a etiquetas políticas que a posiciones historiográficas, el debate no avanzará y la historiografía española seguirá dependiendo del exterior, de historiografías más maduras. Y con todo ésto no queremos decir que las diferencias políticas no cuentan historiográficamente, por supuesto que cuentan pero no se pueden reducir a ellas las diferencias historiográficas, y menos aún si se parte de una maniquea bipartición en dos “bloques” políticos -que ni siquiera se hallan en la España actual- que ocultan las diferencias realmente existentes en el interior de cada “bloque”, tanto políticas como, y sobre todo, historiográficas: se puede ser políticamente de izquierdas e historiográficamente conservador -a muchos nos parece una contradicción, pero así es en bastantes casos-, y a veces inclusive sucede lo contrario⁴⁷.

Un ejemplo acerca de la cuestión del pluralismo historiográfico. Se afirma, en lo tocante a revisionismo historiográfico, que no se toca la figura de Franco, según lo visto en los congresos y coloquios hechos sobre el tema con motivo del centenario, pero ¿cómo va a haber un verdadero debate si no se invita al adversario revisionista con garantías -aunque sólo fuese por cortesía académica- de que no va a resultar satanizado?⁴⁸.

No se trata pues de relegar la memoria de la izquierda, frentepopulista, antifranquista, sino de hacerla valer -también historiográficamente- por medios democráticos, intelectuales, en positivo, de otra forma no resolveremos -nosotros, los que venimos de esa tradición- el problema de su olvido por parte de las nuevas generaciones, nacidas en la tolerancia y la libertad, como consecuencia del silencio que se impuso tácitamente, desde los primeros momentos de la transición, sobre todos aquellos recuerdos colectivos que pudiesen “dividir” a los españoles y evocar a la guerra civil. Así fue como los historiadores de izquierda “interiorizaron” su “frentepopulismo”. Sólo un debate abierto y plural, con predisposición tanto a la controversia como al consenso, facultará la normalización académica plena de la historiografía española, y ello debería producirse mucho antes de que una generación nacida en la democracia tome el relevo.

En resumen, la fortaleza en profesionalidad y en producción de la nueva historia española contrasta con una relativa pero chocante inadecuación al marco político democrático que ella ayudó a crear, y, lo que es más importante, todavía no

⁴⁶ Sin menoscabo de que cada uno de nosotros defienda, con toda la contundencia que se quiera, su particular concepción de la historia, y aún sus ideas políticas, filosóficas o religiosas.

⁴⁷ El caso de Philippe Ariès por ejemplo, por no poner otros ejemplos más cercanos.

⁴⁸ Javier Tussell se queja, justamente, de que no hubiese un debate sobre revisionismo en España como el de Alemania sobre el holocausto, los de Francia sobre 1789 o sobre la resistencia, etc., pero el mismo descalifica como indignas todas las obras revisionistas sobre la época de Franco, incluidas las de historiador Luis SUAREZ, “La dictadura de Franco a los cien años de su muerte”, *Ayer*, 10, 1993, pp.13-28.

ha conseguido que “aprobemos” asignaturas pendientes -desde antes del 36- que hacen referencia a objetivos historiográficos claves: un mayor papel internacional, fundado en una mejor relación con la sociedad civil española, lo cual presupone avanzar en el camino de la alta divulgación histórica y de la redefinición histórica de eso que llamamos España.

Para cumplir dichas metas, poniendo en juego todas nuestras potencialidades, hay que dejar atrás aquellas cargas que son consecuencia del largo paréntesis de la dictadura y aún de las limitaciones de la joven historiografía de la democracia, hay que rematar la transición historiográfica, iniciada hace veinte años, superando otras actitudes también provenientes de la atmósfera mental del franquismo y del antifranquismo, o del desencanto ideológico posterior.

Antinomias improductivas

En cuanto a mentalidades colectivas que influyen en los historiadores, una herencia clara del anterior régimen consiste en juzgar la relación historiográfica con el exterior mediante la dicotomía *provincianismo/mimetismo*. La esterilidad reside en ambos extremos: a) seríamos “provincianos” los que ignorantes y felices escribimos la historia al margen de la historiografía internacional, justificando el aislacionismo con argumentos anti-“modas” y anti-“colonización”, negando la necesidad de salir al extranjero, practicando incluso cierto proteccionismo; b) seríamos “miméticos” quienes hacemos todo lo contrario, adorar todo lo que viene del extranjero -no se viaja, pero se procura estar al día- que de inmediato se copia sin más: sin atender ni al contexto de donde nace dicha nueva propuesta temática o metodológica, ni al contexto historiográfico donde se pretende aplicar⁴⁹. Con frecuencia los dos extremos se manifiestan en una misma persona; todos hemos oscilado de una u otra forma entre ambas posiciones, que conducen al mismo sitio: la subalternidad de la historiografía española, “conservada” de esta suerte en una eterna minoría de edad. El problema es que no sabemos, todavía, combinar originalmente lo mejor de cada parte: la valoración de la historiografía española con cada vez más imprescindibles conexiones exteriores. Somos, más inconsciente que conscientemente, prisioneros de las dos actitudes clásicas, heredadas de la época franquista, sino de antes, hacia las “modas” extranjeras, sobre todo parisinas: el “no” de los que no ven en ello más que peligros para el sistema establecido, y el “sí” de los que no ven en todo lo que viene de fuera más que aires nuevos, aires de libertad⁵⁰. En fin, una antonomía propia de un tiempo distinguido, en España, por un arraigado subdesarrollo cultural, del que todavía no hemos salido totalmente, al menos en el campo de las ciencias humanas y sociales, y que nos ha

⁴⁹ Una consecuencia de esta actitud seguidista es la fea costumbre de citar solamente a autores extranjeros, dando por sentado que las aportaciones nacionales, por el hecho de serlas, no tienen el mismo valor (lo contrario de lo que, verbigracia, quitando excepciones, hacen bastantes colegas franceses).

⁵⁰ Un curioso efecto de la vigencia de estas actitudes dicotómicas es la manera habitual que tenemos de debatir sobre historiografía en España: publicando libros y artículos -excelentes, muchos de ellos- sobre las historiografías francesa, inglesa, americana, italiana o alemana.

impedido seguir consecuentemente las vías abiertas en los años 50 por Vicens Vives y, posteriormente, por Tuñón de Lara, buscadores eficaces de equilibrios y síntesis entre la innovación que viene de fuera y la propia tradición, animadores de los dos intentos más ambiciosos y recientes de fundar una escuela historiográfica española renovadora.

De factura más reciente, fruto en buena medida de las vicisitudes de las transiciones que estamos analizando -políticas e historiográficas-, es el binomio *pesimismo/optimismo* proyectado sobre la situación actual y las perspectivas de la historiografía española. Naturalmente, la ideología oficial es pesimista; y a ello no es ajeno ni el desencanto político -nacional e internacional- de la generación del 68 que ha protagonizado la “historiografía frentepopulista”, ni la crisis general de la idea de progreso. La ideología oficial se refleja no sólo en los diagnósticos “negros” sobre la realidad historiográfica -nacional e internacional- y académica, sino también en la inexistencia de alternativas. Se trata de una representación mental negativista que constituye, sin duda, el mayor obstáculo -subjetivo- para lograr que la historiografía española haga uso pleno de sus facultades y posibilidades. Consideramos sinceramente vital que confrontemos, mediante el debate, nuestro imaginario fatalista -o el voluntarista, aunque menos frecuente- con la realidad objetiva, reemplazando los juicios de valor por el análisis concreto de las propuestas concretas, es decir, situando el debate sobre las alternativas, sobre el futuro, sobre las diversas respuestas a una pregunta clave: ¿qué hacer?. En el terreno de las simples percepciones individuales, es de verdad complicado articular un debate y menos aún avanzar consensos, la objetivación es por consiguiente ineluctable.

Por descontado que hay datos objetivos sobre la situación historiográfica que avalan, tanto en España como internacionalmente, el “pesimismo”, pero ¿y los que informan en sentido contrario, “optimista”, sobre los que habríamos de incidir si lo que nos preocupa es el futuro, si queremos ser actores y no espectadores?. ¿Vamos a renunciar al “optimismo de la voluntad” que Gramsci quería completar con el “pesimismo de la inteligencia”?. En la justa dosificación de inteligencia y voluntad está la solución: estamos a favor de un optimismo realista, de una inteligencia voluntariosa -o, mejor aún, de una voluntad inteligente-, porque no renunciamos ni al progreso historiográfico ni al proceso general, y bien sabemos que después de los monstruos engendrados por la razón moderna es preciso redefinir el concepto mismo de progreso.

Siguiendo con las falsas alternativas, que reemplazan con excesiva frecuencia los verdaderos debates -por déficit también de alternativas, reales y autóctonas, sobre las que discutir-, queremos referirnos ahora a la antinomia *autoflagelación/autocomplacencia*⁵¹, y que no deja de ser una prolongación de las antinomias anteriores.

En orden a mentalidades colectivas de los historiadores españoles, lo muy corriente es todavía encontrarse con el problema contrario: la autoflagelación. Está demasiado presente entre nosotros cierto complejo de inferioridad -en relación con las

⁵¹ Una manifestación extrema es “negar” que exista la crisis de la historia: Isidro DUBERT, “A crise historiográfica como ideoloxía”, *Historia a debate*. Galicia, Santiago 1995, pp.31-46.

historiografías extranjeras-, originado en el antiguo régimen, que, francamente no se corresponde con la realidad del auge de la historiografía española de los últimos treinta años. En ningún otro periodo histórico creció tanto nuestra disciplina (la historiografía liberal-positivista se redujo a grandes personalidades). De forma que estamos en condiciones de hacer un balance global bastante sólido, pese al vacío de innovación de los años 80⁵², que está ahora resultando contrapesado por la revitalización que la historiografía española vive en los años 90, manifestada en la proliferación de congresos⁵³, revistas⁵⁴ y asociaciones⁵⁵, y en el acortamiento de plazos a la hora de la recepción de innovaciones⁵⁶ y de las traducciones de obras extranjeras⁵⁷.

Muchos de los que participamos, en 1993, en el Congreso de Santiago, tal vez un punto de inflexión de este proceso, hemos sentido que algo estaba cambiando en la historiografía española, siendo el propio resultado del Congreso un mentís a las tesis "pesimistas" de las que partíamos⁵⁸ y una demostración de como en este momento marchamos más al paso de la historiografía internacional. Lo cual no quiere decir que estemos a las mil maravillas, sucede simplemente que las condiciones subjetivas han mejorado, las estamos haciendo mejorar, tendremos que ser prudentes en nuestras expectativas pero no pascos, sobre todo a la hora de ser generosos y emplazar nuestro debate historiográfico en una perspectiva de futuro, a sabiendas de que serán otros quienes se beneficiarán -o resultarán perjudicados- de ello.

Dos son los protagonistas de este nuevo impulso de la voluntad inteligente en España: a) el interés por la historiografía⁵⁹ -paralelo al existente en otros países animado por el clima de debate, y por las asignaturas homólogas de los planes nuevos-, y b)

⁵² Con actitudes negativas e infructuosas como las mantenidas, por parte de algunos sectores, hacia la historia francesa de las mentalidades (véase la bibliografía de la nota 21).

⁵³ "Encuentros por una Historia viva" (Bilbao 1990); "Historia social" (Zaragoza 1990), "New History, Nouvelle Histoire: hacia una Nueva Historia" (El Escorial 1992), "Historiografía contemporánea española" (Cuenca 1993); "A historia a Debate" (Santiago 1993), "La historia en el horizonte del año 2000" (Zaragoza 1995).

⁵⁴ "La(s) Otra(s) Historia(s)" (Bergara, 1987), "Historia Social" (Valencia, 1988), "Revista d'Historia Medieval" (Valencia 1990), "Medievalismo" (Madrid 1991), "Historia y Crítica" (Santiago 1991), "Ayer" (Madrid 1991), "Taller d'Història" (Valencia 1993).

⁵⁵ "Asociación de Historia Social" (Madrid 1989), "Asociación de Historia Contemporánea" (Madrid 1990), "Escuela Libre de Historiadores" (Sevilla 1990).

⁵⁶ Es el caso de la nueva historia cultural francesa, de la microhistoria italiana y del "giro lingüístico" norteamericano.

⁵⁷ Verbigracia, los últimos libros de Furet y Hobsbawm.

⁵⁸ "Presentación", *Historia a debate*, I. Pasado y futuro, Santiago 1995, pp.9-10.

⁵⁹ VV.AA., *La historia subversiva. Una propuesta para la irrupción de la historia en el presente*, Bilbao 1990; Gonzalo PASAMAR, *Historiografía e ideología en la posguerra española: la ruptura de la tradición liberal*, Zaragoza 1991; Josep FONTANA, *La historia después del fin de la historia*, Barcelona 1992; VV.AA., *Problemas actuales de la historia*, Salamanca 1993; Pedro RUIZ TORRES, ed., *La historiografía*, Madrid 1993; Enrique MORADIELLOS, *El oficio de historiador*, Madrid 1994; Saturnino SANCHEZ PRIETO, *¿Y qué es la historia? Reflexiones epistemológicas para profesores de Secundaria*, Madrid 1995; Elena HERNANDEZ SANDOICA, *Los caminos de la historia. Cuestiones de historiografía y método*, Madrid 1995; Julio AROSTEGUI *La investigación histórica: teoría y método*, Barcelona 1995.

la nueva historia social⁶⁰. En el primer caso, después de estar años quejándonos -y con toda la razón- de la ausencia de reflexión⁶¹, el progreso es substancial, dada la escasez de tradición. El auge reciente de la reflexión historiográfica en España -antes sólo interesaba a individualidades aisladas- refleja el avance internacional del nuevo paradigma, demuestra que España está venciendo el retraso usual, si bien -reconozcámoslo- todavía es excesiva nuestra dependencia del “exterior” a causa de la supervivencia del complejo de inferioridad de origen franquista/antifranquista, sino anterior.

Para que de la revitalización en curso resulte el perfil nacional e internacional de la historiografía española que estamos propugnando, es menester -además de un pensamiento historiográfico autónomo- una mayor incorporación al debate y a la reflexión de los historiadores jóvenes⁶², que en definitiva serán quienes van a desarrollar la historiografía española en el siglo XXI, y, por otro lado, la unificación del debate y de la reflexión entre las diversas áreas de conocimiento histórico⁶³, cuando menos entre medievalistas, modernistas y contemporaneístas, incrementando la comunicación inter-áreas, los congresos conjuntos (como el de Santiago y, en general, los que viene organizando en Zaragoza la Institución Fernando el Católico⁶⁴), etc. Para lo cual es imprescindible resolver otro problema, asimismo heredado de la transición: la primacía del contemporaneísmo⁶⁵ en el seno de la “historiografía frentepopulista”, por cuanto conlleva la marginación de aquellas épocas históricas que fueron “ensalzadas” por el franquismo, la Edad Media y la Edad Moderna. Terminar, en este sentido, la transición historiográfica en España implica reequilibrar el interés público y académico -especialmente en la enseñanza media-en favor de la historia de España anterior a la república, guerra civil y dictadura franquista (y de la historia universal anterior al siglo XX o a la II Guerra Mundial). Cuestión que desborda, naturalmente, al ámbito historiográfico, pero no por ello su resolución es menos imperiosa. La homologación internacional, reclama, también, una historiografía que cubra por igual todas las edades históricas⁶⁶, que sea capaz de recrear en los ciudadanos una conciencia histórica verdadera, profunda, esto es, que vaya más allá de las últimas contiendas

⁶⁰ Para cuyo desarrollo ha sido importante el artículo de José ALVAREZ JUNCO y Manuel PEREZ LEDESMA, “Historia del movimiento obrero. ¿Una segunda ruptura?”, *Revista de Occidente*, Nro.12, 1982, pp.19-41.

⁶¹ Julio VALDEON, “La historiografía española a finales del siglo XX: miseria de la teoría”, *Historia a Debate*, I. Pasado y futuro, Santiago 1995, pp.309-317.

⁶² En el Congreso de Santiago hemos constatado que ello es posible, “Presentación”, p.7.

⁶³ La creación de una nueva área de conocimiento sobre historiografía, con investigadores provenientes de las actuales áreas, coadyuvaría al objetivo de reunificar la comunidad de historiadores españoles.

⁶⁴ La verdad es que la participación de todos está más garantizada cuando la organización recae en medievalistas y/o modernistas; los colegas contemporaneístas suelen ser más “endogámicos”, por el efecto del propio desarrollo del área desde la transición y de una mayor tradición en cuestiones de reflexión historiográfica, todo hay que decirlo.

⁶⁵ José Luis DE LA GRANJA, “La historiografía española reciente: un balance”, *Historia a debate*, I. Pasado y futuro, Santiago 1993, p.301.

⁶⁶ Historiografías democráticas europeas -como la francesa- tienen más bien el problema contrario: predominio del modernismo y del medievalismo.

civiles, del tiempo vivido por nosotros y por nuestros padres⁶⁷. Sobre estas dos cuestiones, homologación internacional e historia de España, tan interrelacionadas, todavía añadiremos algo más, aun a riesgo de repetirnos, puesto que constituyen dos tareas fundamentales -junto con la incorporación de la nueva generación- tanto para poner término a la transición historiográfica española, como para lograr que la historiografía española juegue el papel que le corresponde en el proceso de formación del nuevo paradigma historiográfico.

Para nosotros no hay mejor índice de las posibilidades de homologación internacional de la historiografía española que la experiencia del Congreso Internacional que hemos organizado en julio de 1993 en Santiago de Compostela. Verificamos allí que vamos en el buen camino de la desmarginalización de la historiografía española, pero todavía falta un buen trecho por recorrer, en dos sentidos complementarios: a) una recepción más crítica de las innovaciones que vienen de fuera; y, sobre todo, b) un intercambio más igualitario con las historiografías extranjeras, que es lo más difícil: pensar con la propia cabeza. Para lo cual es condición necesaria, pero no suficiente, estar al día, potenciar las conexiones internacionales de la historiografía española, en lo que se ha progresado bastante en lo que va de década, antes nunca se había viajado tanto -sobre todo los jóvenes⁶⁸-. Valoramos positivamente el dinamismo de la historiografía española y la pronta recepción de novedades internacionales en lo que va de la década, los pasos siguientes, en el horizonte del año 2000, han de dirigirse a que nos sostengamos con nuestros propios pies.

La cuestión ahora es, sobre todo, subjetiva: cambiar las actitudes colectivas, las propias y también las ajenas, al tiempo que las prácticas historiográficas. La tradición historiográfica española ha sido sucesivamente dependiente de Alemania, de Francia, de Gran Bretaña (años 80) y, últimamente, si bien en mucha menor escala ya que no han desaparecido los influjos anteriores, de Estados Unidos y de Italia. De hecho sabemos más de las historiografías contemporáneas citadas que de la propia historiografía española (sobre todo de la segunda mitad del siglo XX), y no lo comentamos porque no valoremos el trabajo que se viene haciendo, y que habrá que seguir haciendo, por analizar, y difundir, desde España, las características y la evolución de las restantes historiografías europeas⁶⁹, sino por el coste que supone. Tratamos de orientar la historiografía española indirectamente, sin citar prácticamente autores españoles, por medio de estudios sobre historiografías extranjeras: una suerte de alienación historiográfica que pone de manifiesto las dificultades que tenemos para asumir nuestro pasado historiográfico, en definitiva la propia identidad, y hace que nos

⁶⁷ Conforme el voto del miedo cuente menos en España, más fácil nos será a los historiadores liberarnos del "frentepopulismo" con su ultracontemporaneísmo anexo.

⁶⁸ Durante la renovación historiográfica de los años 70 se viajó mucho menos por las dificultades existentes tanto de tipo político como idiomático.

⁶⁹ Nosotros mismos lo hemos intentado en relación con la última historiografía francesa, "La 'Nouvelle Histoire' y sus críticos", *Manuscrits. Revista d'Història Moderna*, 9, Barcelona, 1991, pp.83-111; "El 'tournant critique' de *Annales*", *Revista de Historia Medieval*, Valencia, 2, 1991, pp.193-197; "La contribución de los terceros *Annales* y la historia de las mentalidades. 1969-1989", *La otra historia: sociedad, cultura y mentalidades*, Bilbao 1993, pp.87-118.

pasen desapercibidas tentativas españolas valiosas de abrir originales vías de investigación, que habrá que redescubrir y animar.

La plena integración internacional de la historiografía española, basada en el intercambio, requiere en resumidas cuentas una mayor atención a la investigación de la historiografía española más reciente, un gran esfuerzo para la elaboración de alternativas historiográficas -desde España- sobre los problemas de la historiografía internacional, de modelos "exportables" de investigación⁷⁰, recreando planteamientos "importados"... Formar a los jóvenes en esa dirección es vital, puesto que estamos hablando de metas historiográficas para el siglo que viene, y ello sólo será posible si superamos la nociva idea de que para reflexionar sobre metodología, historiografía -campo de investigación que de un modo u otro se está imponiendo- o teoría de la historia, o para hacer planteamientos temática o metodológicamente renovadores, es necesario tener años y años de experiencia, o, lo que es aún peor, determinado estatus académico: la experiencia de nuestra generación fue más bien la contraria.

¿Qué hacer con la historia de España?

El lugar en el mundo de la historiografía española guarda una relación más directa de lo que se piensa con el papel de la historia "en" España, y ésto a su vez tiene que ver con la atención que los historiadores prestamos a la investigación y difusión de la historia "de" España, y ahí damos en el hueso.

La historia de España de Viriato, la lista de los reyes godos y el imperio hacia Dios, ha sido sustituida por la historia de Galicia, Euskadi, Cataluña, Murcia, Madrid, Castilla-León, Andalucía, Menorca y demás nacionalidades, regiones y localidades... de España. La transición política no influyó demasiado, según hemos visto, sobre las alineaciones -políticas- de los historiadores, pero sí sobre la distribución del poder político, que, pasando del centralismo franquista al Estado de las autonomías, determinó⁷¹ el tipo de historia predominante en la España democrática: la historia nacional catalana, vasca y gallega, la historia regional y local⁷². España⁷³ como marco de investigación, de reflexión y de síntesis historiográficas, casi ha desaparecido entre

⁷⁰ Nuestro hispanista Bernard Vincent, de la EHESS de París, lo planteó crudamente en Santiago: *Historia a debate*, I. Pasado y futuro, Santiago 1995, p. 68.

⁷¹ Algunas causas: interés de los gobiernos autónomos -de todos los matices políticos- por la historia propia, facilidades para la financiación de investigaciones y para la publicación de libros de materia regional-local, transferencias de las universidades a las Comunidades Autónomas, afán conmemorativo de las gestas locales, existencia de un público culto...

⁷² Se denuncia esta marcada tendencia localista, y a la vez en desinterés por la historia de países extranjeros, en Juan PRO RUIZ, "Sobre el ámbito territorial de los estudios de historia", *Historia a debate*, III. Otros enfoques, Santiago 1995, pp.59-66.

⁷³ Ni siquiera se ha generalizado en los ambientes historiográficos de izquierda el sustantivo "España", todavía decimos "este país", el "Estado español", como hace veinte años; no ha pasado lo mismo en otros ámbitos culturales, en los medios de comunicación social o en medios políticos de todos los signos, incluidos nacionalistas antaño periféricos.

los historiadores profesionales. Con lo que se ha roto, al mismo tiempo, con la historiografía franquista y con la historiografía republicana⁷⁴, y se prolonga, indebidamente, el envejecido paradigma compartido de las monografías regionales, cuando la tendencia dominante hoy es la pluralización de las escalas de investigación, desde la microhistoria a la historia comparada, así como el retorno del Estado-nación como ámbito historiográfico. A diferencia de otros aspectos mentados de nuestra inacabada transición historiográfica, aquí son las insuficiencias de la transición política las que inciden negativamente sobre el tránsito de la escritura de la historia, en España, de la época de la dictadura a la época de la democracia. Está claro que “el problema nacional” todavía no ha asumido entre nosotros su conformación definitiva, cuando menos en el plano de las mentalidades colectivas y de la cultura.

Se nos anima a investigar, desde España, la historia de Europa, Asia o Africa, a practicar un “hispanismo al revés”, y no vamos a negar su necesidad, pero entre la historia regional-local y la historia de otros países, ¿quién escribe la historia global de España, además de los colegas hispanistas e iberistas?⁷⁵

El abandono por parte de la mejor historiografía española, en los últimos veinte años, de los “temas españoles” ha traído como consecuencia un envejecimiento de los manuales para la asignatura “historia de España” de tal o cual época que, en el mejor de los casos, cuando se han renovado, consisten por lo regular en la yuxtaposición de historias o monografías regionales de historia económico-social (si se trata de historia política, cultural, militar, diplomática, biográfica: ni eso⁷⁶). Y al desfase entre docencia e investigación, en lo tocante a historia de España, hay que añadir el desconcierto actualmente existente sobre la función social del historiador español más allá de su Comunidad Autónoma (que además entrañe un desconcierto político no es, desde luego, un consuelo). Para nosotros, no cabe duda: la marginación de la historia “en” España y de las ciencias humanas, y la marginación de la historia “de” España entre los historiadores españoles, es un mismo problema, o si se quiere son dos problemas que se alimentan mutuamente. El desinterés de los gobiernos centrales -empezando por los sucesivos ministros de Cultura y de Educación- habidos, desde la transición, por la reconstrucción democrática multinacional y científica de la historia de España está íntimamente ligado a la imagen de “inutilidad” de la profesión de historiador y de los estudios de historia en “este país”.

¿Qué papel puede jugar la historiografía española en España y en el mundo si no conseguimos que los españoles conozcan, y amen, su historia común y diversa, si no les convencemos de que la “España” actual, democrática y plurinacional, no es la “España” del general Franco, de la Restauración y del absolutismo monárquico?.

⁷⁴ Evoquemos aquí la polémica Sánchez Albornoz / Américo Castro sobre las tres culturas y la formación histórica de España.

⁷⁵ Planteamos también este delicado problema al convocar el Congreso de Santiago (*El País*, 3 de julio de 1993; reproducido en *Historia a debate*, I. Pasado y futuro, pp.17-18), si bien reconocemos que no le hemos dedicado la atención que se merece en el programa y, por lo tanto, en las Actas.

⁷⁶ Todavía resulta imprescindible el *Diccionario de Historia de España*, publicado en 1952, en pleno franquismo, que detiene la historia de España... el 14 de abril de 1931.

Donde los dirigentes políticos están fracasando, ¿no tendríamos los historiadores que decir algo?. ¿Cabe alguna duda científica sobre la realidad historiográfica de España?. No, aunque lo que sí caben son dudas ideológicas. Se puede comprender, políticamente, a un historiador que, apoyando una opción independentista, desee la desaparición del Estado español y de España como sociedad civil, tal como se ha constituido -bien contradictoriamente- los últimos cinco siglos, y por lo tanto se desentiende absolutamente de la historia de España. Pero ese no es el caso de la inmensa mayoría de los historiadores gallegos, vascos y catalanes, por hablar solamente de las nacionalidades históricas, incluidos aquellos historiadores que se identifican con las opciones electorales nacionalistas mayoritarias (que para nada levantan la bandera de la independencia cuando piden el voto).

Planteando este dilema a debate en una clase de historiografía, uno de mis alumnos argumentó: “*a historia de España que a fagan eles*”. Ahí se ve la justa indignación por siglos de absolutismo centralista, pero también la continuidad de las mentalidades heredadas. ¿Quiénes son, en este momento, “ellos”, los “otros”?. ¿Castilla?. ¿Madrid?. Unos y otros están haciendo lo mismo que los demás: sus historias regionales y locales. ¿El gobierno?. ¿El Estado?. Pasan de historia y de Cultura con mayúsculas, esa es la pura verdad. “Ellos” ahora somos todos: somos nosotros. Y lo mejor que puede suceder con la historia de España es que se reconstruya desde sus nacionalidades y regiones, y también desde la “historiografía frentepopulista” ahora ya tradicional. Es la mejor manera de evitar el resurgimiento del vetusto nacionalismo españolista de tan mal recuerdo (temor que está en la base de nuestras inhibiciones políticas e historiográficas al respecto, lo sabemos).

Así como estamos luchando por la normalización de las lenguas gallega, vasca y catalana, por la reconstrucción nacional o regional de nuestros respectivos países, dando clases y publicando en nuestros idiomas nacionales, investigando sobre nuestras historias nacionales o regionales, ¿no es hora ya de plantearse como objetivo -sin abandonar lo anterior, claro está- la reconstrucción historiográfica del concepto de España como nación de naciones?. La pertenencia, objetiva y subjetiva, del ciudadano a la nación fue el excluyente en el siglo XIX -cada nacionalidad, un Estado- pero se hizo inclusiva a lo largo del siglo XX. Nacionalidades medievales sin Estado, Estado-nación, Europa como nueva comunidad nacional en el horizonte: son los círculos concéntricos de nacionalidad que convierten en arcaico y decimonónico al nacionalismo insolidario, cuando no agresivo, que ha vuelto por sus fueros intentando llenar el vacío dejado por el derrumbe del muro de Berlín.

Para no retroceder al siglo XIX, también en España, urge ayudar al joven régimen democrático a contestar, desde la historia, a la difícil pregunta de qué es España en el horizonte del año 2000. ¿Cómo se articula la historia de las regiones y nacionalidades con la historia de España?. Respuestas que exigen ir más allá del 36 y de la Edad Contemporánea, y que condicionan además el rol futuro de la historia de la enseñanza, la investigación, la edición y los media de lo que antes llamábamos “este país”.

El gran éxito de librería de la *Breve historia de España* (1994), de Fernando García de Cortázar y José Manuel González Vesga, añade una dimensión desconocida, durante los años 80, a la revitalización de la historiografía española: la historia tiene ya una demanda de “masas”. Anteriormente, los escasos *best-sellers* de historias -y

escritos por historiadores- solían ser obras de autores extranjeros (Georges Duby, John Elliot), y no siempre sobre temas españoles, y ahora tenemos autores españoles, y como tema la historia de España. Algo está cambiando en la historiografía española. Se retoma un género, las historias no centralistas de España, que tuvo ilustres precedentes, en vida de Franco: la historia de España de Jaime Vicens Vives (1952), la historia de España de Alfaguara (1973), la historia de España de Pierre Vilar (1975), y sus prolongaciones durante la transición: en 1976, sale *Historia 16*, y, en 1980, la historia de España de Tuñón de Lara. Después, un silencio de quince años⁷⁷, hasta la historia de España de Fernando García de Cortázar, quien en 1990 -a comienzos de la década actual, decisiva una vez más para el futuro de la historia en España- aparecía como sostenedor de una publicación, “La historia subversiva. Una propuesta para la irrupción de la historia en el presente” y de unas jornadas, “Encuentros por una Historia viva”, bien significativos⁷⁸.

Esta idea que estamos propugnando de redefinir España, a través de la historia común y diversa de sus pueblos, no va dirigida tanto al poder político como a la sociedad civil, que es donde se puede esperar una reacción contra la esquizofrenia actual⁷⁹. Salvo la imagen del Rey, los restantes símbolos constitucionales que identifican legalmente a la España democrática, esto es, el himno, el escudo y la bandera, están casi totalmente marginados de la vida social, política y cultural: se usan exclusivamente en actos, edificios y despachos oficiales. En el campo político, ni siquiera el actual Partido Popular “centrado” hace ondear la bandera bicolor en sus mítines. Todos los partidos y sindicatos llevan a sus actos públicos la bandera propia con sus siglas, y la bandera de la nacionalidad o región respectiva. En la calle, la bandera nacional española no está demasiado prestigiada, sigue teniendo una imagen franquista, como de extrema derecha, y no digamos el himno: cada vez que lo escuchamos ¿no nos retumba en los oídos la letra de “Franco, Franco...”? ¿no continuamos “viendo” a los lados del águila del escudo constitucional el yugo y las flechas?. El caso es que hubo tiempo para intentar cambiar estas representaciones sociales negativas: casi veinte años. En el Hotel Convención de Madrid hubo que aceptar la monarquía y los símbolos de la España franquista para dar luz verde a la España democrática, mas ahí se quedó todo, contentado el ejército y demás poderes fácticos, nadie más se volvió a añadir una banda morada a la bandera roja-y-gualda (del

⁷⁷ Por supuesto que se publicaron infinidad de libros de texto, fascículos para preparar clases u oposiciones, importantes historias de España de gran formato, pero ya no historias de España como las citadas que fuesen igualmente proyectos historiográficos, culturales, incluso políticos.

⁷⁸ Y no es el único que, desde posiciones progresistas -y hasta federalistas-, plantea el problema de la desnacionalización de España -y la específica responsabilidad de la izquierda antifranquista-, César ALONSO DE LOS RIOS, *Si España cae...*, Madrid 1994, véase asimismo la nota 73.

⁷⁹ Dos ejemplos concretos: las televisiones gallega, vasca y catalana todavía no se pueden ver por los canales normales de toda España, hasta el día 23 de Septiembre de 1995, en que un periódico distribuyó el nuevo mapa de España basado en las Comunidades Autónomas, hemos seguido utilizando el mapa de la España provincial...

mismo modo que algunos nacionalistas gallegos ponen una estrella roja a la bandera gallega); pero nada se hizo, ¿por qué no interesaba?, ¿para no molestar a los aliados nacionalistas catalanes y vascos?. En todo caso, lo creemos muy sinceramente, porque no se sabía por ignorancia o dejadez. No se sabía, y sigue sin saberse, que toda transformación política del presente que no transforme la percepción del pasado, cava su propia tumba en un terreno nada despreciable: el imaginario colectivo de unos pueblos que, con o sin ayuda de la historia, siguen viviendo juntos, y se sienten “gallegos y españoles”, “vascos y españoles”, etc.

Las limitaciones de la transición política inciden negativamente en la transición historiográfica. Al margen de las carencias culturales de los políticos gobernantes, la responsabilidad de los historiadores es llevar a buen puerto la transición inacabada de la historiografía española, coadyuvando así a poner fin a la transición política⁸⁰, superando dialécticamente las dos historias de España, la “roja y separatista” y la “fascista y nacional”, asumiendo para ello el espíritu reconciliador de la transición política -hasta donde lo permita el rigor y la cientificidad de nuestro trabajo- y haciendo caso omiso de la dimisión al respecto de algunos poderes públicos, dotando a los pueblos de España de una conciencia histórica, común y diversa, que vaya más allá de la guerra civil y de sus resultados. También para esta tarea es imprescindible incorporar a los jóvenes historiadores, a las generaciones que nacieron con la democracia y que, por lo tanto, para bien y para mal, no tienen ningún referente “frentepopulismo” o franquista que dejar atrás.

La crisis laboral de los jóvenes historiadores

Afrontar en España la crisis laboral de los jóvenes historiadores como un problema propio, institucional, de todos los historiadores, es una cuestión urgente, por varios motivos:

1) *Porque son nuestros alumnos*, y el primer compromiso social, como profesores e investigadores, ha de ir dirigido hacia aquellos jóvenes que estamos formando sabiendo de las escasas posibilidades que van a tener para trabajar en su profesión. Por no hablar del problema que supone dicha inestabilidad laboral para la continuidad de los equipos de investigación.

2) *Porque la crisis laboral es inseparable de la crisis epistemológica*. La crisis de nuestra disciplina es global: social (laboral e institucional), propiamente historiográfica (de escuelas y paradigmas compartidos), e ideológica y filosófica (crisis del marxismo y demás filosofías de origen ilustrado que conforman el substrato teórico, la historiografía del siglo XX).

La gravedad de nuestra crisis laboral, doblemente social -desempleo de jóvenes titulados, y escaso papel de la historia y los historiadores en la sociedad-, hace, como

⁸⁰ La estructura tendencialmente federal del Estado democrático español no será irreversible hasta que diversidad y unidad no se consoliden en el plano de la cultura, de las mentalidades, de las emociones y de los símbolos, impediremos de este modo que algún día puedan volver las “banderas victoriosas”.

ya dijimos, de la historiografía española un escenario ideal para comprender, y afrontar, la crisis finisecular de la historia. Siempre y cuando, los historiadores instalados, más allá de toda autocomplacencia como funcionarios y miembros de la academia, seamos, solidarios con los que empiezan⁸¹, y sepamos ver, con lucidez, que el debate historiográfico no tiene salida fuera del debate social, profesional. La crisis de la historia tiene una base social y material más que evidente. Nuestro entramado académico e institucional, cimentado en la funcionalización, puede soportar la crisis epistemológica pero no la crisis laboral, social; de hecho si ésta continuase agravándose, ¿podemos excluir en el futuro “reconversiones” que nos afecten muy directamente? De continuar la crisis de historiadores la marea acabará por alcanzarnos a todos, y, precisamente, hay crisis de historiadores porque hay crisis de la historia, la peor crisis de la historia.

Cuando en la calle -y en los despachos oficiales- se comenta que la carrera de historia no tiene salidas, que no sirve para nada, se cuestiona su utilidad social y, en último extremo, su científicidad, ¿podemos permanecer los historiadores de oficio de espaldas a esa preocupación?. Las preguntas que nos hacemos sobre la utilidad y la científicidad de la historia como disciplina tienen mucho que ver, seamos o no conscientes de ello, con lo que piensa la sociedad y los poderes públicos de los profesionales de la historia, entre otras cosas porque nos incumbe materialmente: a menos prestigio social menos alumnos de historia, menos plazas de profesores-investigadores, menos medios para la investigación. Separar las condiciones materiales y sociales del ejercicio intelectual de nuestra profesión, la crisis laboral de la crisis de identidad, la crisis de los historiadores de la crisis de la historia, es caer en el autoengaño.

3) *Porque afecta al relevo generacional.* La revitalización historiográfica de los años 90 coincide -otra vez la paradoja que posibilita la intervención de la voluntad inteligente- con la congelación de plantillas en las universidades españolas, y en la enseñanza media -en buena parte de las autonomías-. Si la situación no cambia -o sea, si no la hacemos cambiar- en los próximos años⁸², la perspectiva es que estaremos impartiendo docencia -y en su caso investigando- las mismas personas los próximos 20 o 30 años, con todo lo que eso puede conllevar de estancamiento y ruptura de la cadena de transmisión de conocimientos, sobre todo en el actual momento de transiciones historiográficas. La historia no tiene futuro si los historiadores que comienzan no tienen futuro.

4) *Porque implica la desprofesionalización creciente de nuestra disciplina.* Cada vez son más los jóvenes colegas que trabajan en cualquier otra cosa, y, no obstante, investigan, publican y hacen su tesis, cuando no son ya doctores y bedeles, carpinteros o vendedores. El coautor de la *Breve historia de España*, José Manuel González Vesga, historiador-guarda jurado, es el ejemplo más conocido, pero hay

⁸¹ Un ejemplo a seguir: la participación escrita de José Luis MARTÍN en la mesa redonda “La historia en las universidades”, *Historia a debate*, I. Pasado y futuro, Santiago 1995, p.63.

⁸² Los cambios políticos que se avecinan amenazan más bien con la congelación de la oferta pública de empleo.

más: los miembros de la Escuela Libre de Historiadores de Sevilla, y tantos otros, el fenómeno no ha hecho más que empezar.

No vamos a negar que esta desprofesionalización de la historia tiene sus cosas positivas -un mayor contacto de los profesionales universitarios con la realidad social, por ejemplo- pero, globalmente, es un retroceso al siglo XIX, es el retorno del historiador aficionado -sólo que ahora con una formación académica-, y guarda relación con las fuerzas que empujan la historia hacia la literatura, alejándola de las ciencias sociales. De nuevo la degradación de la concepción de la historia y el deterioro de su base material, van juntos, se retroalimentan.

Esos jóvenes historiadores que hacen su tesis sin beca, que investigan sin cobrar, que dan clases de historia en asociaciones de vecinos y centros de la tercera edad, sometidos a menudo a una doble jornada laboral, sabiendo que todo ese esfuerzo no les va a permitir -hoy por hoy- trabajar en lo suyo, en aquello para lo que fueron formados -con el dinero público-, muestran una ilusión por la historia encomiable, dan la medida de la vitalidad que se puede esperar de las nuevas generaciones de historiadores.

Aunque sobre el dinamismo de las nuevas generaciones también se pueden esgrimir argumentos en sentido contrario. Lo vemos todos los días en las clases: conformismo; conservadurismo metodológico e historiográfico; individualismo y competitividad ambiental; desinterés de muchos estudiantes de historia por una carrera que no fue elegida entre las primeras opciones, etc. Con todo, tal vez habría que recordar aquí que los jóvenes, y más en un tiempo en que no hay lucha generacional, reflejan lo que les enseñamos, son a su modo fieles a su época, a la sociedad que nosotros mismos hemos construido.

En adelante, la decisión que debemos tomar los profesores numerarios, y a pesar de ello sumamente inquietos por la situación de nuestra disciplina, es en qué parte de los jóvenes historiadores nos vamos a apoyar para luchar por el futuro de la historia. Tampoco hay demasiadas opciones.

Ciertamente, estamos enfocando el problema laboral de los historiadores en formación desde el punto de vista de los historiadores establecidos, ¿qué papel le corresponde a los propios jóvenes licenciados, o doctores, en este crucial “combate por la historia”⁸³? El de tratar de coger su destino en sus manos⁸⁴. No es otra la enseñanza que les podemos legar la generación del 68 -cualesquiera que fuese la derivación ideológica posterior de parte de sus miembros- a los jóvenes actuales, y más aún a los jóvenes venideros. A sabiendas de que los contextos históricos, sociales e ideológicos, no son los mismos. Pero hay verdades que permanecen: que nadie espere sentado a que le resuelvan su problema, corre el riesgo de morir de inanición, y no todos los jóvenes

⁸³ Los “combates por la historia” de Lucien Febvre eran historiográficos, contra una historia tradicional, positivista, “historizante”, hoy, particularmente en España, son también, y sobre todo, contra la subalternidad de la historia y las ciencias humanas en una sociedad que muchos quieren regida por el “pensamiento único”.

⁸⁴ Un ejemplo a seguir: la comunicación presentada en Santiago por la Escuela Libre de Historiadores, “La Universidad más allá de la institución. La historia más allá de la Universidad”, *Historia a debate*, III. Otros enfoques, Santiago 1995, pp.257-264.

son fatalistas, ya lo hemos visto, no se debería generalizar a la hora de hablar del conformismo social de los jóvenes de hoy.

En 1989 hubo ya movilizaciones de los estudiantes italianos en defensa de los estudios de letras. El 21 de noviembre de 1995⁸⁵ decenas de miles de estudiantes franceses se manifestaron, junto con los profesores, en demanda de más plazas de profesores universitarios y de más dinero para la educación superior, siendo las facultades de letras de las más afectadas por las dificultades económicas, que, por lo demás, son generales -dieron lugar asimismo por esas fechas a movilizaciones en Bélgica y Holanda-, y consecuencia de políticas ultraliberales aplicadas por doquier⁸⁶, desde los años 80, que amenazan con mermar severamente los gastos sociales en educación, sanidad y pensiones a finales de los años 90⁸⁷.

El desempleo masivo de los jóvenes licenciados de historia, y la falta de plazas para los jóvenes historiadores con vocación y formación de investigadores, remiten a dos problemas más generales que se presentan agravados en España: el paro y la financiación de la investigación científica. Soportamos más de un 22% de paro, el mayor de la Unión Europea, el doble que en Alemania y el cuádruple que en Estados Unidos, y un gasto del 0,8% del PIB en investigación, un tercio del 2,5% de Norteamérica.

Hubo un momento, en la década pasada, en que el paro ha dejado de ser un problema obrero y principió por concernir seriamente a las clases medias⁸⁸, principalmente a los jóvenes titulados universitarios, dentro de los cuales los investigadores -escogidos entre los mejores expedientes- hace bastante tiempo que han dejado de ser unos privilegiados. Fijémonos sino en el caso de los becarios de investigación, pre y posdoctorales, del Concejo Superior de Investigaciones Científicas y de las universidades, frecuentemente educados en el extranjero, y abocados salvo excepciones al paro o a la emigración, después de años y años de formación a cuenta del Estado⁸⁹. Y, dentro de esta difícil problemática, los investigadores en historia, y demás ciencias tenidas por "inútiles" y/o "inexistentes" según la ideología dominante, están peor que los aspirantes a científicos aplicados y tecnólogos. No tenemos más que ver las áreas prioritarias de investigación I+D, tanto en la Unión Europea como en España; las ciencias humanas y sociales están prácticamente ausentes, y en el caso de la historia la omisión es total. Otro punto de conexión entre la crisis del paradigma común de los historiadores del siglo XX (la historia científica) y las endebles realidades materiales,

⁸⁵ *El País*, 22 de noviembre de 1995, p.26.

⁸⁶ La universidad abandonada al mercado, sucumbe, porque la ley de la oferta y de la demanda desvirtúa su principal función: la cultura, el pensamiento crítico, la investigación.

⁸⁷ No es casual que los estudiantes franceses fuesen la avanzadilla -como en Mayo del 68, aunque en otros y capitales aspectos las diferencias son notables- de una huelga obrera paradigmática -en diciembre del 95- en defensa del Estado de bienestar.

⁸⁸ En las dificultades crecientes de las clases medias está, sin duda, una parte de la explicación del ascenso electoral del centroderecha en España.

⁸⁹ El año pasado se recortó todavía un 8,5% el presupuesto dedicado a investigación científica "en solidaridad con otras políticas", según el secretario de Universidades en el Congreso de Diputados (10 de octubre de 1995).

en este caso como fruto directo de las políticas científicas oficiales, generadoras de desempleados de lujo, en el sentido de que es un lujo para la sociedad prescindir de sus servicios.

También sucede que cuando los parados o investigadores son de la carrera de historia, los problemas crecen, por una cuestión de imagen: los licenciados de letras no están mucho más parados que los de otras carreras -teóricamente con más salidas, pero también más masificadas-, pero lo parecen. Las representaciones colectivas generadas desde el poder nos juegan aquí una mala pasada. Las políticas educativas, culturales y científicas de tipo tecnocrático aplicadas en España, desde principios de los años 80, han marginado y desprestigiado a las ciencias humanas y sociales de tal modo, que podemos “presumir” de una situación “especial” en el conjunto de Europa. Gran Bretaña, Alemania, Francia⁹⁰, empiezan a estar de vuelta del economicismo en el campo de la educación y la investigación.

El futuro de las ciencias humanas

Naturalmente, las “humanidades” han venido reaccionando contra las políticas tecnocráticas, remozadas por el posmodernismo, en su aplicación a la enseñanza secundaria. En la década pasada, la historia⁹¹, ahora mismo los estudios clásicos y la filosofía. Los argumentos son semejantes: contra la “robotización” de la sociedad, enseñar a pensar críticamente; enseñar a pensar históricamente, diríamos nosotros. En la campaña electoral que se inicia cuando estamos acabando este texto, los partidos políticos hablan incluso del “empobrecimiento alarmante de la formación en materias humanísticas y científicas”⁹², pero después todo sigue igual, o sea mal, o peor, porque son promesas electorales⁹³, porque -en España- los contenidos de la educación, y demás temas de “alta cultura”, no suelen interesar a los presidentes de gobierno, y porque los sectores sociales y culturales interesados no presionamos lo suficiente, y lo suficientemente unidos. En algún momento habrá que abrir un debate público sobre el papel de la historia, y de las ciencias humanas, y de la Cultura con mayúsculas, en las aulas, en la sociedad, en la investigación, en los medios de comunicación..., y en las Cortes que tengan que decidir los presupuestos del Estado; un debate nacional sobre si la integración en Europa es principalmente una cuestión de comercio y productivi-

⁹⁰ Los estudiantes franceses escogen hoy los estudios de letras (entre los cuales la historia sigue presentándose como la primera entre las ciencias humanas) y de ciencias en una proporción semejante, en la enseñanza media y en la enseñanza universitaria, de forma que los problemas de los jóvenes historiadores son menos distintos de los que tienen los demás.

⁹¹ Julio VALDEON, *En defensa de la historia*, Valladolid, 1988.

⁹² José María Aznar, según las agencias de prensa, en el *Faro de Vigo* del 15 de febrero de 1996; parecidas preocupaciones se pueden encontrar en el programa electoral del PSOE en la campaña electoral de 1993.

⁹³ ¿Quién no asume, por ejemplo, que España debe pasar del 0,8% al 2% del PIB en investigación?; lo dice Carlos Robles Piquer, presidente de la Comisión Nacional de Investigación del PP, en una carta a *El País* el 15 de febrero de 1996.

dad, como se viene diciendo, o es también una cuestión de cultura y de educación, de competitividad intelectual además de tecnológica. La verdad es que, en números relativos, estamos hoy más lejos de la Europa de la Cultura que hace diez o quince años. ¿Cuántos intelectuales o investigadores españoles son traducidos al francés, inglés o italiano?. ¿En qué cabeza cabe que el desarrollo económico, social y político de un país puede realizarse sin un desarrollo cultural serio, profundo?.

“El siglo XXI será posliberal, quizás incluso antiliberal”, escribía Alain Touraine⁹⁴. En esa misma dirección, la Comisión de Cultura y Desarrollo de la UNESCO recomendaba recientemente modificar las estrategias de desarrollo, definiendo de nuevo la noción de desarrollo, de modo que se tenga en cuenta su dimensión humana, aseverando que “los viejos modelos de desarrollo basados únicamente en el crecimiento económico y la satisfacción material” estaban “condenados al fracaso”⁹⁵. La sociedad civil francesa, fiel barómetro -desde los tiempos de Marx- de las corrientes sociales e ideales, anticipa tal vez el futuro al mantener y/o reponer el papel de la historia y las ciencias humanas en la enseñanza, al tiempo que reacciona contra la reducción de los gastos estatales en educación, y se enfrenta al neoliberalismo rampante, anunciando -según Touraine- su fin.

El lector se preguntará por qué establecemos una relación tan directa entre una política económica, el neoliberalismo, y la situación social y académica de la historia y las ciencias humanas. Pensamos que la vuelta del liberalismo económico -el liberalismo político es otra cosa- entraña el retorno de una concepción economicista, materialista vulgar, de la vida político-social, y cultural, que las ciencias humanas y sociales habían ya sobrepasado⁹⁶. Por ello el futuro de éstas depende del fracaso de aquél en favor de otras políticas, que tengan en cuenta al hombre y a la cultura.

La universidad no puede estar al servicio de la economía, sin más. En España, se están alzando voces lúcidas que piden “un debate serio y riguroso sobre la misión de la Universidad” a la vez que se lamentan de que el Ministerio de Educación y Ciencia, “que se ha quedado prácticamente vacío de competencias administrativas y de dinero”, no haya sido “el impulsor y el promotor de ese debate”. Debate que ha de centrarse en la Ley de Reforma Universitaria, que, nacida en plena euforia neoliberal, se propuso adecuar las enseñanzas universitarias “a las demandas del sistema productivo, a las demandas de la empresa”. La Universidad, “tenía que preparar a la gente para los empleos que existían en el mercado, sencillamente”. Y la “consecuencia de pensar en ella como una fábrica de empleados” es su conversión en una “fábrica de parados”. La propuesta del autor, que nosotros asumimos, es que “la LRU necesita, más que una reforma, un nuevo espíritu, un nuevo impulso”, que permita recuperar la función eminentemente cultural de la universidad: “la función de la Universidad como principal agente de la cultura en su sentido más amplio ha quedado relegada, cuando

⁹⁴ *El País*, 7 de enero de 1996.

⁹⁵ *La voz de Galicia*, 11 de noviembre de 1995.

⁹⁶ El hecho de que el economicismo regrese a finales del siglo XX, cuando las ciencias sociales estaban ya de vuelta y redescubrían el sujeto, confirma la tendencia apuntada a la síntesis objeto-sujeto.

precisamente ése es uno de sus objetivos esenciales". El hecho de que el autor sea el director de la Fundación Universidad-Empresa, concede si cabe más fuerza a la argumentación⁹⁷.

Si la historiografía española, e internacional, se enfrenta a las puertas del siglo XXI a una transición paradigmática es también porque la sociedad está cambiando. La sustitución, parcial pero significativa -porque atañe a los jóvenes-, del éxito individual, el poder y el dinero, como creencias dominantes, por la solidaridad, la ética y los valores humanísticos, produce mejores condiciones para que la sociedad vuelva a interesarse por su pasado, como medida de su ilusión de futuro.

¿En qué podemos contribuir los historiadores a la metamorfosis de valores que vive hoy la sociedad española? Potenciando la investigación de la historia, su función social y cultural. Para lo cual hay que cuestionar dos presupuestos políticos que obstaculizan el apoyo institucional a la investigación de la histórica en España: a) la ausencia de historia, y de las ciencias humanas, en las líneas de investigación I + D, determinantes de la orientación de buena parte de la investigación pública y también privada; b) el propio modelo aplicado en España para combinar la investigación y la enseñanza.

Difícilmente se podrá mejorar ese raquítico 0,8% del PIB en investigación científica mientras ésta pase por el cuello de botella de la Universidad. Las necesidades docentes y de investigación, en principio no tienen porque coincidir, pero habitualmente se crean plazas universitarias para investigadores sólo si hay alumnos, si hay plazas para profesores. La investigación va de este modo, irremediabilmente, por detrás de la enseñanza. Si no hay "mercado", es decir, una demanda de estudiantes, para tal área de conocimiento o línea de investigación, no se ofertan plazas y puede acabar decayendo dicho campo de la investigación.

A los profesores universitarios, como es sabido, no se nos exige lo mismo como docentes que como investigadores. Lo milagroso en estas circunstancias adversas es que, pese a todo, se investiga mucho y bien en las Universidades españolas. Pero para multiplicar por tres el esfuerzo y colocarnos al nivel de los países desarrollados, no alcanza: hay que cambiar el modelo. Pasar del modelo actual que concentra la investigación en los profesores de Universidad, a un modelo mixto que potencie, junto a la Universidad, una red de centros dedicados exclusivamente a la investigación y a formar investigadores, tanto en ciencias "duras" como en ciencias "blandas", siguiendo la experiencia de otros países económica y culturalmente más desarrollados.

El establecimiento paralelo a la universidad de estos centros, además de posibilitar el incremento rápido de los resultados de la política científica, absorbería el excedente de jóvenes investigadores en la actualidad abocados al paro. Abriría perspectivas de futuro para la investigación en general, y para la investigación de nuestra historia en particular.

⁹⁷ Antonio SÁENZ DE MIERA, "La misión de la Universidad", *El País*, 5 de septiembre de 1995.